

# FRANCISCO EN NICARAGUA

•La ubicuidad de Amighetti

•Siempre el grabado



Pedro Rafael Gutiérrez

EN tanto no se le aplique como en los injertos renales el síndrome del rechazo fronterizo, una muestra seria de la inmensa obra de Francisco Amighetti debe contemplar forzosamente su "época de Nicaragua", país en el que dejó, infortunadamente dispersa, una considerable producción de su primera o segunda juventud, creativa y fructífera.

Integrado a un grupo de intelectuales, que alternaban el arte con la bohemia, Amighetti dio y recibió en el país del norte sustanciales lecciones en un ambiente que nadie se ha explicado por qué resulta especialmente fértil para determinada manifestación de lo bello.

No creemos en esta fecha propicia, en que se recuerdan los ochenta años de vida del artista, que sean condenados al ostracismo esos vigorosos grabados a los que podrían aplicar los calores del infierno, que un historiador del clero decretó contra Fray Antonio Liendo y Goicoechea, una de las mentes más lúcidas nacidas en Costa Rica, de quien dijo: "no fue un costarricense de corazón, pues la mayor parte de su actividad intelectual la ejerció en Guatemala", lo que para el más puro provinciano equivale a la inconmensurable y más lejana galaxia.

Amighetti efectivamente hizo mucha labor fuera de los cercos de La Paulina y acaso por ello en estos días que corren se hablará de él, incluyendo en esa Nicaragua a la que tanto quiere, a la que aportó el vigor de nuevos códigos, en ese arte del grabado que exige concebir al revés, lo que no es por cierto el parto de una paradójica belleza.

## FIDELIDAD A LA IMAGEN NICARAGÜENSE

Amighetti captó el paisaje vecino, aunque sorprendentemente distinto, con una fidelidad que resulta ineludible.

Pocas cosas me impresionaron tanto, de entre la discreta colección de grabados nicaragüenses que tengo de Pçaco, como esa pesada imagen de la carreta nica, construida al parecer con el propósito de entorpecer los movimientos de los bueyes, gorda y lenta, que probablemente sea el vehículo ideal para esos primitivos caminos igualmente salvajes en los que fracasaría la grácil carreta costarricense, obviamente mucho más decorativa.

De carretas y carreteros, de ladrones y poetas dejó Amighetti en Nicaragua una valiosa colección; exteriores a interiores, santos y pecadores, entre los que sobresale, no el anémico asceta ni la virgen lánguida, sino la imagen del Mal Ladrón, intruso en una iglesia, que roba la escena a mártires y querubines.

El rasgo de Amighetti en esa y en sus otras obras es vigoroso y audaz y por fortuna nada tiene que ver con el artista al que uno de sus críticos vio como el más discreto y fino de nuestros "pintores", en una dudosa apreciación laudatoria.

Esa fineza y esa discreción, de haber atacado al artista, nos habrían privado de su fuerza creadora y estaríamos hablando ahora de un viejo simpático y no de un auténtico valor universal para el que no cuentan los años y en quien la expresión de la belleza ha sido un dilatado hábito.

Amighetti fue sin embargo, en esa admirable obra extra-



muros, fiel a sí mismo; consecuente con su estilo que sería inútil y tonto tratar de describir, pero al que podríamos aproximarnos señalando que probablemente sea una transición de lo clásico a lo inesperado, lo que observamos mejor que en ninguna otra de sus obras, en el grabado del monumento a Darío, obra cursi de un escultor italiano del montón, que supera al modelo dándole una dignidad de la que

carece una estatua blanda y hueca como una pizza.

## GRACIAS DE UN EXTRANJERO

El, que nunca fue extraño en esa tierra de terremotos y dictadores, reciba de este extranjero una suerte de gracias por habernos dado la oportunidad de tenerlo allá, asomado a las puertas de la catedral de Granada, la vieja capital del Presidente Walker y a orillas de los lagos, a Francisco



en Nicaragua, a un Francisco de todos los caminos, que aun trabajando la madera no tuvo raíces que le impidiesen moverse; que supo en realidad de la prosperidad del arte y que disfrutó en su vida infinita del triunfo, porque como buen maniqueo supo del lado bueno y del lado malo, porque hay que saber cuál es el lado que imprime mejor de la madera en la gran aventura del grabado, que es como pasar media vida frente a un espejo.